



**MOVIMIENTO DE
LIBERACION
NACIONAL (TUPAMAROS)**

Los crímenes de la GUARDIA METROPOLITANA

Hace ya bastantes años, cuando la oligarquía percibió que el País podía escapársele de las manos, creó su Guardia Metropolitana. Luego, la fue moldeando para que defendiera sus Bancos y sus privilegios. Le enseñó el odio al pueblo. Los convirtió en traidores y asesinos de otros pobres como ellos. Los dotó de las mejores armas llegadas directamente de Estados Unidos, Brasil y España. Puso a su mando a los oficiales del Ejército con mayor mentalidad fascista que pudo encontrar, y luego los largó.

Fueron los mercenarios de la Metropolitana los que cercaron como si fueran animales a los obreros de UTE en 1963, y los que, junto a las fuerzas de choque del Centro de Instrucción de la Marina, los castigaron a culatazos durante dos días a los que se negaban a trabajar en julio de 1969. Eran los "gaseros", los que golpeaban a manifestantes desarmados, transeúntes o mujeres, en manifestaciones populares y estudiantiles, como la apaleadura del primero de mayo de 1968.

1

La dictadura

Ese mes indicará también, el comienzo desembozado de la dictadura pachequista. Las manifestaciones estudiantiles son reprimidas a balazos. En dos meses, los estudiantes tienen más heridos de bala que en todos los diez años anteriores. Los mercenarios de la Guardia Metropolitana reciben orden de tirar a matar, y cumplen diariamente, con deleite, seguros de la impunidad que se les ha prometido en tiendas oficiales.

En agosto, luego de la invasión policíaco-militar a todos los locales de la Universidad, donde robaron y destruyeron todo lo que encontraron a su paso, los estudiantes manifiestan su protesta.

Las manifestaciones estudiantiles se reprimen a balazos. Las bombas de gases lacrimógenos norteamericanas (recibidas gracias a los buenos oficios de la Agencia Internacional para el Desarrollo - AID, y que dicen expresamente que no deben ser utilizadas contra manifestaciones), son disparadas a pocos metros de los estudiantes. Son numerosos los heridos. Mario Toyos recibe una granada en la cabeza que lo deja baldado para siempre. Un muchachito de 14 años que salía de la Asociación Cristiana de Jóvenes fue acorralado, golpeado brutalmente con el caño de una ametralladora. Le hundieron el cráneo y estuvo varios días entre la vida y la muerte.

Un oficial de policía, Tegliachi, asesina por la espalda a Líber Arce. Para ello utiliza su revólver de reglamento y una pistola que llevaba oculta entre las ropas. Fue identificado por los estudiantes y procesado. Estuvo escasas semanas en la Cárcel Central y luego se embarcó en un crucero de placer en el petrolero de la Marina. En seguida se reintegró a los equipos represivos especiales de la policía.

Dos nuevos asesinatos

Pero los uruguayos pelean. No están dispuestos a soportar calladamente la dictadura de los oligarcas. Luchan los estudiantes, luchan los obreros.

El régimen acude nuevamente a su cuerpo de asesinos a sueldo, los integrantes de la Metropolitana. Y éstos siguen diciendo que sí, aunque no se les pague, aunque en sus hogares se sienta el mismo hambre que siente el pueblo que está del otro lado de las barricadas.

Se utilizan entonces las escopetas lanza perdigones. Otro ob

seguio de la Agencia Internacional para el Desarrollo norteamericana, propuesto por los "asesores" que, como Dan Mitrone, en quistan en una policia que se suponía era uruguaya.

Una misma tarde de setiembre, los perdigones son utilizados contra manifestaciones de obreros de la carne en el Cerro y de obreros textiles y estudiantes en los alrededores de la Facultad de Medicina y de la Universidad, donde Maximiliano Pereyra, el estudiante de Bellas Artes, recibe un perdigón que penetra en su cerebro y lo deja inutilizado hasta el día de hoy.

En el Cerro, donde el pueblo está organizado y tiene una larga tradición de lucha, se resiste a balazos la incursión de la Metropolitana, y allí, la Guardia Metropolitana da vuelta y corre; corren desesperadamente, hasta que un regimiento entero del ejército debe ir a rescatarlos.

Pero en el Centro, los estudiantes no están armados para resistir. Sólo tienen su coraje y su valentía, piedras y las endebles barricadas que forman apresuradamente con algunos bidones.

En una de las barricadas está Hugo de los Santos, un estudiante de Ciencias Económicas que lucha en la calle junto a sus compañeros.

Las tropas de la Metropolitana llegan rápidamente hasta 18 de Julio. A escasos cien metros de los grupos estudiantiles, comienzan a usar repetidamente sus escopetas recortadas lanza balines, pero con una particularidad: esas armas habían sido utilizadas anteriormente en otros países, pero los balines eran de plástico, golpeaban a los manifestantes pero no los herían de gravedad. En el Uruguay de Pacheco Areco es distinto. Se sustituyen los balines de plástico por otros de plomo. En pocos segundos hay decenas de estudiantes heridos. Hugo de los Santos recibe varios perdigones, y comienza a perder rápidamente mucha sangre.

Sus compañeros lo llevan hasta el interior de la Universidad donde se le proporciona algunos cuidados, pero se aprecia de inmediato que la única vía para salvarlo era urgentemente llevarlo a un hospital. Se llama a una ambulancia que llega muy pronto. Pero las autoridades policiales, los oficiales y la tropa de la Guardia Metropolitana le impiden pasar. Así se pierden varios minutos.

Los estudiantes intentan una salida desesperada. Acuestan a Hugo sobre una puerta y, agitando camisas blancas, gritando que se lleva un herido y suministrándole plasma, se intenta salir por la puerta principal de la Universidad. Los integrantes de la Metropolitana responden a esto con nuevas descargas de gases.

y perdigones.

Se intenta una nueva salida por la puerta lateral. Los de la Metro disparan nuevamente contra quienes cargan la improvisada camilla. Una de las muchachas que ayudaba a transportar al herido, se llamaba Susana Pintos, empleada y estudiante de la Universidad del Trabajo. Fue acribillada.

Cuando finalmente se pudo conducir a los dos muchachos heridos hasta donde se les pudiera asistir adecuadamente, ya era tarde. Hugo de los Santos llegó muerto, Susana Pintos murió algunas horas después ahogada por las hemorragias que le provocaron las perdigonadas.

Esa misma noche fueron decenas los estudiantes y obreros heridos, algunos quedaron impedidos para siempre.

La guerra declarada

El 8 de octubre de 1969, durante la ocupación de la ciudad de Pando, Burgueño, testigo circunstancial, fue herido accidentalmente. Su muerte fue utilizada por la prensa hasta que el peritaje balístico, cuidadosamente ocultado, demostró que la bala que lo había ultimado partió de un revólver policial. Luego no se habló más de Burgueño.

Luego de la ocupación, los compañeros se retiran y muchos llegan a sus bases sin inconvenientes. Otros combaten con fuerzas policiales.

Un grupo de compañeros es cercado por las fuerzas policiales, muchos logran romper el cerco, mientras un par de decenas combaten contra dos mil hombres.

Entretanto, desde la Casa de Gobierno (según denunció oportunamente el diputado Gutiérrez Chirimello), Pacheco Areco da la orden de que deben adoptarse "medidas extremas" contra los tupa maros cercados. La Guardia Metropolitana entiende esa orden impartida en clave.

Jorge Salerno y otro compañero se ven sitiados, ya no tienen municiones. Deciden rendirse. Arrojan sus armas y gritando su decisión salen caminando hacia donde estaban los de la Metro; son recibidos con ráfagas de ametralladora. Los dos resultan heridos de gravedad. Los de la Metro se acercan a ellos y los patean en el suelo, así durante cuatro horas. A Salerno lo dejan desangrar hasta morir, rodeado de los hombres de la Metropolitana. Es pateado, escupido y golpeado por ellos hasta que muere. El otro compañero herido y también golpeado, al que le saltan sobre el brazo fracturado, y luego "cosen" sin anestesia en el Hospital Militar, salva la vida milagrosamente.

Ricardo Zabalza y Alfredo Cultelli junto a otros compañeros, buscan refugio en las cercanías de una escuela. Las fuerzas policiales apostadas en la calle disparan contra el edificio de la escuela, repleta de niños y maestras en ese momento. El grupo decide rendirse agotadas las municiones. Alfredo y Ricardo son tiroteados cuando se rendían y rematados a quemarropa cuando se encontraban heridos. Sus asesinos fueron también hombres de la Metropolitana.

La rápida presencia de periodistas en la zona evita que también fueran asesinados muchos compañeros más. A algunos, que estaban heridos y con las manos atadas se les quitó el revólver de la cabeza cuando se aprestaban a ultimarlos. A otros se les puso en la carretera y se estuvo a punto de hacerles pisar la cabeza por algunos de los numerosos vehículos policiales que estaban en la zona.

Después torturaron y vejaron a los compañeros que trasladaron a la Jefatura, donde todos fueron golpeados por policías y militares de todas las graduaciones y donde varios heridos quedaron desangrándose en ascensores y celdas, a la espera de que también murieran.

Los periodistas oyen también algunas cosas. Las radios de los vehículos policiales que gritan constantemente los nombres de los muertos y coordinan la represión de dos mil hombres contra veintidós. Y también se oye que alguien pregunta si "continúa vigente la orden de rematar a todos los heridos" y la respuesta indicando que "se revoca esa orden".

La presencia de los periodistas impidió nuevos asesinatos de los prisioneros capturados, pero, cabe preguntarse: ¿quién dio esa orden y quiénes fueron los encargados de cumplirla, convirtiéndose así todos en asesinos de hombres desarmados y heridos en combate?.

Luego del ajusticiamiento del guardia de la Metropolitana Ruben Zembrano, acción en la que el Movimiento de Liberación Nacional advirtió por primera vez que no estaba dispuesto a permitir que se asesinara impunemente a los soldados que luchan contra la dictadura con las armas en la mano, los hombres de la Metropolitana parecieron entrar en razón. Parecía que habían comprendido que no es asesinando trabajadores y estudiantes como deben cumplir el trabajo por el que les pagan.

Durante meses concurrían con miedo a los procedimientos. No querían ser los primeros en entrar, evitaban problemas, muchas veces dejaban pasar compañeros armados que encontraban en las "pinzas". Pero luego volvieron a su forma habitual de trabajo.

En Junio de 1970, luego de la ocupación por parte de los tu-

pamaros del Centro de Instrucción de la Marina, (acción que se produce sin disparar un tiro ni maltratar a nadie, a pesar de que entre los marineros reducidos se encontraban muchos de los que habían torturado a los trabajadores de UTE en 1969), la desesperación gana otra vez a los jefes del gobierno e impulsan al asesinato a sus mercenarios de la Guardia Metropolitana.

Hernán Pucurull, que concurría desarmado a un local que había sido ocupado previamente por las fuerzas represivas, fue ametrallado por la espalda y luego se le golpeó hasta que murió rodeado también por los asesinos de uniforme.

Menos de veinticuatro horas después, la Guardia Metropolitana llega hasta un local de la Organización. Se trata de un barrio obrero, de pequeños agricultores.

La Guardia Metropolitana, apoyada por fuerzas del ejército, cercan una extensa zona. En una vivienda modesta, como tantas que existen en el barrio, hay compañeros que resisten. Por radio se informa de esa resistencia y se pide autorización para utilizar "corrosivos químicos". La respuesta de los jefes llega rápidamente: "fuego batido de armas automáticas".

Las ráfagas de ametralladora barren toda la zona, no sólo la vivienda de los compañeros. Numerosas casas de las inmediaciones reciben decenas de impactos de las balas policiales.

Cuando agotan las municiones los compañeros se rinden. Todo el barrio lo vio y así lo dijo luego por radio, a los diarios y al propio Juez que actuó en ese caso: "salieron con las manos en alto y los barrieron".

Sí, los barrieron y luego, heridos de gravedad como estaban, los arrastraron hasta una cuneta y los patearon hasta destrozarle la mandíbula a López Mercao y hacerle perder un ojo a Bentín.

Las ambulancias para recoger los heridos estaban cerca, pero demoraron dos horas en llegar a ellos. Los compañeros, que continuaban desangrándose, salvaron la vida de casualidad y a pesar de los esfuerzos para impedirlo de los oficiales y agentes de la Metropolitana.

Lo demás es bastante reciente, aunque no todo es conocido.

Fueron los hombres de la Metro los que ingresaron al edificio del Instituto Vázquez Acevedo, (llamados por un obsecuente -pachequista que hacía las veces de Director, hasta que lo sacaron del cargo a cachetazos), golpeando a profesores y empleados, castigando brutalmente a los varones y manoseando a las muchachas que no pudieron escapar a tiempo. Eran jovencitos y muchachas desarmados, que estaban acorralados en el interior de sus clases, a las que irrumpieron los de la Metro con sus ametralladoras y garrotes encerados.

Fueron también los de la Metro los que ultrajaron a dos jovencitas que, en una invasión similar realizada contra el Instituto de Profesores Artigas, huyeron asustadas y se refugiaron en una habitación del piso superior. Allí fueron encontradas por la gente de la Metro y violadas.

Fueron también los de la Metro los que golpearon y torturaron a los obreros de Tem, Pepsi-Cola y de la Salud cuando salieron a la calle a reclamar contra patronales arbitrarias o situaciones injustas. En algunos casos, los estudiantes que acompañaban a los obreros en sus reclamos, apenas adolescentes, fueron torturados con saña pocas veces igualada (como ocurrió hace más de un mes en la Unión, con los estudiantes que acompañaban una movilización de los obreros de Pepsi).

Y fué también un agente de la Metropolitana el que asesinó a un niño de 14 años, de un tiro en la cabeza, por un "malentendido".

Cuando los trabajadores de la Salud fueron reprimidos a balazos frente a la Caja de Jubilaciones, eran, otra vez, la gente de la Metro. Varios de los manifestantes, en su mayoría mujeres fueron heridos de bala. Más tarde se arrojaron bombas de gases lacrimógenos y se dispararon armas de fuego contra el edificio del Sindicato Médico, donde salas enteras de enfermos debieron ser evacuadas porque sino se habrían puesto en peligro muchas vidas.

Hace algunas semanas, el teniente Dos Santos y otros integrantes de la Metro contribuyeron a ampliar todavía más la cuota de sangre que ese cuerpo represivo le ha costado al pueblo uruguayo. Remató a nuestro compañero Larrosa cuando éste estaba herido e incapacitado para toda resistencia. Le pegó un balazo en la cabeza, luego de arrojarlo al suelo. Los compañeros que iban con él fueron desmayados e culatazos y, cuando se encontraban desmayados, vejados y golpeados.

Todo el Buceo asistió al crimen: los obreros municipales, los pescadores, la gente que se encontraba en la Rambla y en lo alto de los jardines.

Todo el mundo vió cuando asesinaron a Larrosa, y al Teniente Dos Santos parecía no importarle. Se limitó a seguir un trillo de sangre del pueblo que han derramado otros antes que él, seguros en su impunidad, lejos de la justicia o de las sanciones administrativas. Pero al alcance de la justicia del Movimiento de Liberación Nacional que los ha condenado. Ellos deben saberlo y esperar, simplemente que les llegue el momento en que el MLN resuelva ejecutar esas sentencias.

La impunidad para los asesinos del pueblo, mercenarios de banqueros y latifundistas, ya no existe más en este país.